

TOMÁS ELOY MARTÍNEZ: EL QUINTO TUCUMANO ILUSTRE

LUIS ALFREDO INTERSIMONE

La carrera de Tomás Eloy Martínez (1934-2010), uno de los últimos grandes novelistas argentinos, se desarrolló entre el periodismo, la literatura y la cátedra, áreas que no fueron para él inconexas. Declaró que el ejercicio del periodismo era indispensable para el ejercicio de la ficción: “Todos los grandes escritores latinoamericanos fueron antes periodistas, incluido Borges”. Desde los míticos semanarios *Primera Plana* y *Panorama* y el noticiero *Telenoche*, se convirtió en un modelo de intelectual público a partir de los 60. Cuando en un diario porteño le pidieron firmar una nota que apoyara el producto de uno de los auspiciantes, ofreció su renuncia y dejó una frase que lo pinta de cuerpo entero: “Mi trabajo está en venta; mi firma, no”.

Había comenzado a publicar desde temprano en su ciudad natal, San Miguel de Tucumán, con una nota aparecida cuando tenía dieciséis años en el diario decano de la provincia, *La Gaceta*. Pronto surgieron sus novelas. *Sagrado* inició el periplo en 1969 y lo continuó *La novela de Perón* en 1985 (en mi opinión, su obra maestra), *La mano del amo* (1991) y la apoteótica *Santa Evita* (1995), que lo catapultó a la fama internacional. Siempre se enorgullecía de mostrar a los visitantes de su casa las distintas ediciones traducidas que le iban llegando desde los más dispares rincones del orbe: las versiones en polaco, ruso, checo, francés, portugués, italiano, japonés... Le gustaba particularmente la edición inglesa publicada en Londres (en este idioma hay dos traducciones diferentes, una en inglés británico y la otra en inglés norteamericano). Le parecía que tenía una de las tapas más lindas y, por añadidura, había visto la luz en la misma editorial que los libros de Harry Potter.

Una vez comentó que había recibido la visita de unos legatarios chinos para solicitarle permiso para publicar la novela en su país. “Me ofrecieron unos 100 dólares”, contó. “Me dijeron que entendían que era una cifra mínima, más bien simbólica, pero que ellos venían de un país pobre, que no tenían dinero, que esto, que lo otro. Yo firmé un papel y les autoricé la publicación”. Le pregunté cómo era posible que hiciera eso. “¿Y qué podía hacer?”, contestó. “Si les hubiera dicho que no, me habrían agradecido por recibirlos, se habrían despedido muy amablemente y después me hubieran publicado la novela pirateada. Así, al menos tengo 100 dólares en el bolsillo y quedo bien con ellos”. *Santa Evita* se transformó en la novela argentina más traducida de la historia y probablemente con la mayor cantidad de lectores: cientos de millones de chinos la siguen leyendo.

Más tarde, publicó otras tres novelas, amén de un sinfín de crónicas y testimonios que también contribuyeron a su fama de escritor y periodista comprometido. *La pasión según Trelew* nació de su afán de descubrir la verdad de la masacre ocurrida en esa ciudad en 1972. Sin miedo a las consecuencias personales, viajó al sur, entrevistó a testigos y sobrevivientes y dio a conocer su informe el año siguiente. La dictablanda quemó y prohibió el libro, uno de los mayores honores y reconocimientos que recibió su obra. Actitudes como ésta le ganaron posteriormente el exilio en 1976, cuando se instaló la dictadura.

Tuve la suerte de conocerlo hacia el año 2000, gracias a la conjunción de la generosidad de varias personas, incluida la suya propia. Por esas vueltas de la vida, Tomás y su esposa Susana Rotker habían recalado como profesores en la Universidad de Rutgers, en Nueva Jersey, Estados Unidos. Susana era la coordinadora de posgrado del Departamento de Español y, por intermedio de la profesora Carmen Perilli, me invitaron a cursar las carreras de maestría y doctorado en Rutgers. Lleve mis petates y me dirigí al país del norte. Allí entablé con Tomás una relación amistosa que me otorgó la posibilidad de conocer su persona, de la cual puede decirse lo mismo que Borges de Ricardo Güiraldes: “Nadie podrá olvidar su cortesía; / era la no buscada, la primera / forma de su bondad, la verdadera / cifra de un alma clara como el día”. No es ocioso, en ocasión del décimo aniversario de su partida, dejar asentado algunos recuerdos que testimonian precisamente esa claridad de su alma, su sentido del humor y, sobre todo, su *tucumanidad*, que nunca se cansó de pasear por el mundo. Vayan estos apuntes, entonces, como una breve contribución a su biografía.

Quienes somos tucumanos tenemos el orgullo de contarlo como uno más de nuestros comprovincianos. Decir de cualquier eminencia que nunca olvidó sus orígenes es un cliché, pero en el caso de Tomás no deja de ser cierto. Había obtenido el título de Licenciado en Letras en la Universidad Nacional Tucumán, en donde dejó regado un gran número de amigos. La provincia fue el escenario de muchas de sus novelas y crónicas. Siempre pensé que él vendría a ser el quinto tucumano más famoso o ilustre de la historia, después de Juan Bautista Alberdi, Julio Argentino Roca, Mercedes Sosa y Palito Ortega. (Como el adjetivo “ilustre” no es políticamente correcto usarlo con respecto a Roca, ¿será Tomás tal vez nuestro “cuarto ilustre”? ¿O acaso podríamos incluir a Lola Mora o a Gregorio Aráoz de Lamadrid y dejarlo en quinto lugar? ¿Y qué hacer con Palito? Para no entrar en un debate sin fin, dejémoslo como el quinto más famoso nomás.)

Tomás sentía fuertemente, tras vivir muchos años en el exilio, su destino argentino, su karma sudaca. Tal vez podría decirse que los grandes escritores argentinos no sólo fueron periodistas, sino también exiliados. Cuando nos conocimos, se le escapó un “tú”. Le incomodó hacerlo delante mío, como si se le hubiera escapado un *flatus vocis*, “no sé por qué miércoles estoy hablando así, che”. Era producto de los largos años pasados en el extranjero, a pesar de que nunca dejaba de volver a Tucumán, sobre todo a presentar sus libros. “Si no los presento en la provincia, ante mi familia y amigos, siento como si no los hubiera publicado”.

Apenas me conoció, echó a correr la fraudulenta especie de que yo era muy mentiroso, a pesar de que el verdadero mentiroso era él, como lo puede comprobar cualquier lector de sus novelas y de las líneas que vienen a continuación. La razón fue la siguiente. El día en que llegué a Estados Unidos, un viernes 14 de enero del año 2000, había comenzado la temporada de invierno. La temperatura bajó a unos veinte grados bajo cero y cayó una nevada de unos sesenta centímetros. Tomás les decía a todos que yo venía del calor húmedo y subtropical de Tucumán y que me sería dura la adaptación. A los pocos días o semanas, me interrogaron nuevamente sobre mis primeras impresiones. Para desgracia de mi reputación, tuve la mala fortuna de que Tomás estuviera presente cuando yo respondía las inquisiciones. “¿El frío? No tengo ningún problema”, declaré, “lo estoy llevando bastante bien. Ya estoy prácticamente adaptado al clima”. Por alguna razón, a algunos les sorprendió lo rápido de mi adaptación. La jefa del departamento indicó:

–Bueno, en realidad adaptarse completamente lleva uno o dos años. Tiene algo que ver con la sangre, que se espesa o algo así, dicen.

–Para mí no es ningún problema –recalqué–. En Tucumán también hace mucho frío y nieva. Ya estoy acostumbrado.

La gente lo miró a Tomás, porque les había dicho que el clima de nuestra provincia era peor que el del Sahara, de acuerdo a las estadísticas, así que los pobres oyentes no sabían a quién creer.

–¿Tanto frío hace en Tucumán? –preguntó la jefa.

–Sí, de hecho, acaba de nevar este fin de semana –respondí.

–¿En febrero?

–Claro, este mismo fin de semana, hace dos días.

Tomás se llevó las manos al rostro y le estallaron dos lágrimas en los ojos. Estuvo riéndose como medio día. Nadie me podía creer. Empero, lo cierto es que sí había nevado en Tucumán en pleno verano. En realidad, lo había hecho en los valles, en la zona de alta montaña, debido a alguna extraña perversión del cambio climático global, como cualquier lector con acceso a los registros meteorológicos de esa época lo puede comprobar. Pero eso no fue óbice para qué él continuara diciéndole a la gente, cada vez que me presentaba: “Cuidado, como buen tucumano es muy mentiroso”, como si él hubiera sido entrerriano.

Con respecto a la nacionalidad, mantenía una saludable distancia autocrítica e irónica, dirigida sobre todo a la patria chica, pero sin dejar de ser afectiva. Solía instruir a los extranjeros acerca del ser nacional a base de chistes de argentinos y ostentaba un enorme acervo de anécdotas que iluminaban las peculiaridades de la *Weltanschauung* tucumana:

Los tucumanos *tenimo* fama de choros, pero es como si fuera un motivo de orgullo provincial. No somos opas como los salteños, ni vagos como los santiagueños. Sin embargo, los santiagueños dicen que ellos son tan ladrones como nosotros. La diferencia es que el tucumano es dañino. Cuentan en Santiago que, cuando un santiagueño desea un par de guantes, va y se roba los dos guantes. El tucumano, en cambio, roba uno solo.

También le gustaba explayarse sobre las particularidades del habla de nuestra provincia y su inagotable y hermético vocabulario: antarca, Conción,

bicoqui, gato, ite, comué, turucuto, caschi, aca, chuschar. Los tucumanos nos enorgullecemos de nuestro idioma debido a su complejidad y riqueza semántica. Un profesor de francés de Tucumán solía decir que el tucumano básico tiene una elegancia extraordinaria, pues es el dialecto más cercano al exquisito idioma galo. Por ejemplo, utilizamos siempre el *passé composé* francés: “he comido”, “he dormido”, “he salido”: *j’ai mangé, j’ai dormi, je suis sorti*. “Hoy ha muerto mamá”: *Aujourd’hui, maman est morte*. Jamás de los jamases un tucumano de pura cepa diría “comí”, “dormí” o “salí”, reservando el pretérito indefinido sólo al lenguaje literario o escrito. En segundo lugar, utilizamos el pronombre francés *on* con doble sentido impersonal y plural a la vez. *On baigne* se dice, en tucumano clásico, “se bañamos”; *on couche*, “se acostamos”; *on reveille*, “se despertamos”, y así sucesivamente. La mayoría de las palabras son agudas e incluso “voy” se pronuncia *vuá*: “voy a salir”, “*vuá salí*.” Lo cual prueba la superioridad del dialecto tucumano por sobre todos los otros. Curiosamente, Julio Cortázar le comentó a Tomás en París que le había sido imposible entender su novela tucumana *Sagrado*. Como Cortázar no era tucumano, a pesar de hablar francés, la semejanza entre los dos idiomas paradójicamente lo debe haber descolocado.

Tomás contaba que una pareja de amigos porteños había decidido una vez pasar un fin de semana en los valles calchaquies por recomendación suya. Habían viajado con un hijo pequeño y alquilaron un *chalet* en las montañas. Al caer la noche, se desató una de esas tormentas subtropicales que anuncian el fin del mundo y lo inundan todo con la fuerza de una maldición divina. Sus pobres amigos tuvieron la desgracia de que se les enfermara gravemente su hijito. Al parecer, le sobrevino una especie de convulsión o algún tipo de ataque que le hizo perder el conocimiento. El auto no les arrancaba o no podían circular debido al diluvio y la inundación. Desesperado y sin saber qué hacer, el padre se adentró en los descampados con el niño en brazos pidiendo ayuda a los gritos. En medio de la oscuridad y el agua, le salió al cruce un paisano solitario.

–¡Socorro, buen hombre, ayuda! –le imploró el porteño–, ¡dígame por favor dónde puedo encontrar una asistencia o un hospital más cercano!

El paisano se rascó la cabeza.

–Y... no le *vuá decí*.

Suponiendo que no lo había escuchado bien, el padre repitió la súplica:

–¡Por el amor de Dios! Mi hijo se muere... Dígame dónde puedo encontrar a un médico ya mismo.

–No le *vuá decí*.

–¿Pero cómo me responde eso? –exclamó el porteño–. ¿No ve que tengo a mi hijo en brazos? Dígame ya mismo dónde hay una asistencia o un sanatorio.

–No le *vuá decí*.

–¡Usted es un desalmado! ¡Bruto, corazón de piedra! ¿Cómo no me va a querer decir? ¿No ve que se trata de la vida de un niño? ¡Dígame dónde!

–No le *vuá decí*.

–¡Cretino! ¿Por qué, por qué, por qué no me quiere decir? –en el colmo de la histeria, el porteño apenas podía dar crédito a la inhumanidad del tucumano.

–Y... no le *vuá decí*.

“¿A qué se debía la actitud del paisano, al que no hubo manera de que mi amigo le arrancara ningún tipo de información?”, preguntaba Tomás luego de relatar la anécdota. “Simplemente a que, en el campo, en Tucumán, ‘no le *vuá decí*’ significa ‘no sé’”.

Los peores villanos más malvados de sus novelas eran tucumanos. Se jactaba de los que él consideraba los más logrados: la madre en *La mano del amo* y el peronista de extrema derecha en *La novela de Perón*, que permite que lo violen como parte del rito de iniciación a la triple A. La pregunta que siempre le hacían es por qué los tucumanos eran los malvados y no los buenos, pero él mismo reconocía la imposibilidad de dar una respuesta lógica y coherente. “No sé por qué, pero me salen así”. Le parecía algo gracioso, una *inside joke*, como dicen en inglés, un chiste personal. En todas sus obras, siempre el villano era tucumano.

Como queda dicho, el exilio lo llevó por todo el mundo. A causa de esto, conoció y trabó amistad con todos los grandes escritores del *boom* latinoamericano, además de Cortázar. Tomás era el más querido por todos ellos. Se jactaba de haber sido él quien llevó a Gabriel García Márquez a Buenos Aires en 1967 a presentar universalmente *Cien años de soledad*. “El Gabo lo trata como a un hermano menor”, me dijo alguna vez un profesor de Rutgers. “El Gabo siempre me dice que yo soy uno de sus amigos más sinceros, porque lo ayudé cuando no era nadie y no tenía nada. Después, cuando se hizo famoso, le surgían amigos por todas partes”, me relató Tomás alguna vez. Mario Vargas Llosa también era parte de su círculo de amistades y acaso conocido de Susana, aunque a ésta le oí decir en cierta ocasión en clase, con respecto a sus opiniones políticas: “este hombre, ¿cómo puede andar diciendo esas cosas?”

Del mundillo literario, conocía prácticamente a todos, sin exagerar. Podía hablar horas tanto de Feiling, como de Walsh, Fogwill, Piglia, Puig, Lamborghini o cualquier escritor joven o ignoto que existiera. Todo el mundo llegó a alabar su enorme afabilidad. Quizá la única excepción fue Borges. Al vate ciego sólo lo había visto una vez, cuando le hizo una entrevista hacia los 60 ó 70 en su célebre departamento de la calle Maipú. El corto intercambio fue agrídulce para Tomás. Al interrogarlo sobre sus conocidas opiniones sobre el peronismo, Borges se lanzó a una larga tirada de insultos y descalificaciones, tanto hacia Perón como hacia “esa mujer”.

—Pero, ¿no cree acaso que habría sido interesante, al menos desde un punto de vista histórico, conocer personalmente a Evita? —acotó el entrevistador.

Sin decir palabra, Borges se levantó y desapareció detrás de una puerta. “Me había ido a demandar, como se dice en Tucumán, me había ido a denunciar a su madre”. La mujer apareció al cabo de un rato, le informó a Tomás que la entrevista estaba terminada y lo puso de patitas en la calle.

Con José Pablo Feinmann también tuvo un entredicho, porque le había citado sin atribución la frase “Gracias por existir” que le dice Eva cuando lo conoce a Perón en *Santa Evita*. Feinmann cometió el *faux-pas* debido a que pensó que el evento era un hecho histórico y no que había sido inventado por el novelista. Tomás lo llevó a juicio. “¿Cómo va a pensar que lo que he escrito es una verdad histórica? ¿No ha leído que decía ‘novela’ en la tapa?” Un amigo mío, también alumno de

Tomás y Susana, me señaló en confianza: “A decir verdad, él también es un poco responsable de lo sucedido. Él se dedica a jugar con los hechos históricos y la ficción; le encanta engañar y confundir al lector”. Yo siempre creí que Tomás se inspiró en este estudiante para el personaje de Bruno Cadogan en *El cantor de tangos*. Cuando lo enfrenté con esta verdad, me la negó. Lo que sí se puede afirmar sin ninguna duda es que el nombre de Cadogan permite un chiste secreto en relación con un motivo muy propio de su obra: la escatología, tanto la alta como la baja. En efecto, Cadogan es anagrama de *cagando*. Para dar un claro ejemplo que sustenta esta tesis, en *La novela de Perón* la lectura de las memorias del general comienza en un inodoro mientras se realiza dicha actividad.

Fuera de los incidentes con Borges y Feinmann, siempre se caracterizó por un trato de un nivel prácticamente diplomático, del que da cuenta el siguiente episodio, que me aleccionó cómo se forma el canon. Hacia el verano boreal de 2003 o 2004, me llamó por teléfono por no recuerdo qué motivo:

–¿En qué andás, Fredy? –me saludó–. ¿Cómo estás pasando las vacaciones?

Mis vacaciones no eran tales, porque estaba preparando la lista de lectura para mi examen de doctorado, que consistía en unas 125 ó 150 obras.

–¿En cuál vas?

–Estoy en *El entenado* de Saer.

Hizo una sospechosa pausa y luego me preguntó con un tono sesgado:

–¿Y qué opinás del libro? ¿Qué podrías decir de Saer?

Yo era muy consciente de la reputación de la que gozaba el escritor santafesino, que no hizo sino acrecentarse inconmensurablemente en los últimos diez o quince años; ya hay profesores en la academia que, si no lo ponen por encima de Borges, lo sitúan al menos casi a su mismo nivel. También sabía que era muy probable que fuera amigo de Tomás, habiéndolo conocido seguramente en París. ¿Qué debía hacer? ¿Quedar expuesto ante Tomás como una persona de dudosos gustos estéticos inconformistas u ofender a un amigo suyo? Opté por decirle la verdad.

–Me parece un embole, es un aburrimiento total, me estoy durmiendo. No sé qué está contando, no sé de qué habla.

–¡Uuuhhh! –exclamó entusiasmado desde el otro lado de la línea–. Eso porque no has leído todavía *Nadie nada nunca*. ¡Es tal cual lo dice el título! Aburridísimo, un bodrio total.

–Pero, ¿por qué? ¿Por qué escribe así? No entiendo.

–No sé, no sé por qué. Pero él siempre ha escrito así. Siempre, toda su vida. Y a alguna gente le gusta... Muy pesado, un embole, nada más para agregar.

Dos semanas después, Tomás viajó a la Argentina para presentar algún libro o por alguna otra razón profesional. Yo seguí su itinerario a través de lo que informaban los periódicos. En una entrevista, le preguntaron su opinión sobre Saer. Declaró que era uno de los más grandes escritores argentinos de todos los tiempos, casi a la altura de Borges.

Recuerdo claramente otra llamada telefónica suya, anterior a la recién mencionada, probablemente durante mi primer año en Estados Unidos:

—A que no adivinás quién anda por Nueva Jersey —me preguntó, exultante—. Tu profesora N.

N. era la profesora de la cátedra de Literatura Argentina de la Universidad Nacional de Tucumán; yo había tomado su materia hacía ya varios años. De visita por Estados Unidos, a algunos amigos suyos que vivían en Nueva Jersey se les ocurrió organizar un evento para conocer a Tomás, pues sabían que la profesora podría invitarlo. N. daría una charla sobre *Santa Evita* y se ofrecería una cena.

—Se trata de un asado, una *barbecue*, como le dicen aquí —me explicó—. Como N. sabe que vos andás por acá, me ha pedido que te invitara.

Un sábado a la tarde me pasó a buscar por mi departamento. Yo llevaba una botella de Malbec bajo el brazo, pero Tomás todavía no había comprado nada.

—A los yanquis les gusta tomar cerveza con el asado —me comentó—. ¿Vos conocés algo de las cervezas de aquí?

—No.

—No se te ocurra llevar Budweiser —fue mi irrisorio consejo.

—No, llevemos un par de cajas de Heineken. Un poco más de estilo. Tenemos que quedar bien.

Antes de iniciar camino, se puso a consultar varios mapas de Nueva Jersey. En esa época, no había GPS, ni *smartphones*, ni la mar en coche. El estado es uno de los más pequeños de Estados Unidos, de hecho tiene *exactamente* la misma superficie que Tucumán y es el más densamente poblado, igual que nuestra provincia natal. Tomás vivía en Highland Park, una zona donde habitaban muchos profesores. A él le parecía divertido vivir ahí, porque forma parte de Middlesex County, que él traducía como Condado del Sexo Medio o del Sexo del Medio (esta observación aparece en *Santa Evita*.) Usualmente se dice que Nueva Jersey es un suburbio de Nueva York, pero lo cierto es que todo el estado es una especie de ciudad o cosmópolis inmensa, una proyección conurbana de Nueva York. Las ciudades se proyectan sin solución de continuidad al oeste del Hudson, cruzadas por monstruosas autopistas, y se suceden indefinidamente: Newark, Jersey City, Hoboken, Elizabeth, Edison... Es imposible distinguir dónde termina una y dónde comienza otra. Intentar orientarse en Nueva Jersey es como hacerlo en una ciudad del tamaño de la provincia de Tucumán.

Comenzamos a dar vueltas y más vueltas. No fue una sorpresa que, al rato, tuviera la impresión de que nos hallábamos perdidos. Un poco alarmado, le pregunté:

—Tomás, ¿vos sabés bien cómo llegar al lugar?

—No le *vua decí*.

Volvió a consultar los mapas.

—Ya está, ya sé por dónde es.

Llegamos como una hora tarde; hay que considerar que la gente en Estados Unidos es súper-puntual. De entrada, estábamos haciendo alarde de nuestra *tucumanidad*. Sólo faltaba que hablásemos en francés.

Resultó que la casa adonde nos dirigíamos era una residencia de varios acres de extensión, asentada en una loma y con un acceso de adoquines blancos que conducía a un enorme portón de hierro con cámaras de seguridad y un altavoz.

Tomás tocó el timbre, dijo su nombre y se abrió el portón. A medida que nos acercábamos a la casa, pudimos ver a un mayordomo al pie de las escalinatas de la entrada. Al estacionar, nos dimos cuenta de que la situación desafiaba nuestras expectativas. Tomás, que cargaba una caja de cerveza sobre el hombro derecho como un changarín del Mercado de Abasto, me sopló en voz baja:

–¡Ufa! Me parece que nos hemos equivocado.

Luego de subidas las escalinatas de mármol, a través de la doble puerta de cristal entreabierta, percibimos un variopinto grupo de personajes en una sala que semejava el Salón de los Espejos del Palacio de Versailles, lleno de criados y mozos sirviendo canapés en bandejas de plata. Algunos hombres trajeados se volvieron hacia nosotros con una copa de champagne en la mano para escrutarnos.

Cuando hicimos la entrada, se armó la hecatombe, el Armagedón.

–¡Tomás Eloy Martínez!

El audaz escritor fue rodeado de inmediato por una caterva de mujeres ostentando airoosamente perfumes, maquillajes, vestidos, peinados y escotes. *Groupies*. Solitaria, la dueña de la mansión se aproximó a mí para plantarme un beso en la mejilla.

–Vos debés ser el alumnito. Acá está tu profesora.

Desde atrás, avanzó la doctora N., intacta, impecable, inhiesta. Me saludó con bonhomía, como si hubiera sido ayer que yo estaba tomando su curso de Literatura Argentina en la UNT. Alguien me relevó de la caja de cervezas y de la botella de Malbec. Le eché un vistazo a Tomás, a quien también habían aligerado de su carga y ahora estaba hablando hasta por los codos frente a una multitud arrebatada por su presencia. Me ofrecieron un canapé de caviar Beluga y una copa de Veuve Clicquot. No me atreví a negarme.

Me presentaron a los demás integrantes de la fiesta, al esposo de la profesora (a quien ya conocía por razones que no vienen al caso), al dueño de casa y a todo el resto, excepto a los criados. Por una extraña coincidencia, la mayoría de los concurrentes eran expatriados tucumanos viviendo en Estados Unidos. Probablemente habían emigrado desde Yerba Buena escapando de la pobreza. N. y yo nos pusimos a departir y a recordar viejos tiempos.

Alguien atrajo la atención de todos los circunstantes con una cuchara y una copa, en una especie de caceroleo *chic*. Inmediatamente, la gente se distribuyó en la sala aposentándose en las sillas, los sofás en herradura y los sillones Chesterfield, formando un corro alrededor de N., quien se dispuso a exponer su charla sobre *Santa Evita*.

N. brindó una suerte de análisis estructural o narratológico de la novela, en el que mencionó conceptos como estrategias discursivas, enunciación y enunciado, historiografía, etc. La lectura le debe haber parecido casi incomprensible a la mayoría de los oyentes, porque los únicos especialistas en la materia, además de la presentadora, éramos Tomás y yo. Apenas terminada la exposición, la sesión de preguntas y respuestas se enfocó indefectiblemente en el escritor, a quien interrogaron sobre el peronismo y los aspectos más macabros posibles referidos a la momia de Eva Perón.

La reunión volvió a su cauce caótico pero ordenado, como el de toda fiesta de gente bien (con pronunciación francesa), con una suave música clásica y de jazz. Los mozos nos abrumaban con las copas de *champagne*, vino blanco y vino tinto. Yo intentaba no agraviar a los anfitriones, haciéndoles honor a las *tartelettes* de atún y los bocadillos de paté de faisán. Me pregunté mentalmente cómo se las arreglaría Tomás con su copa de vino y su canapé mientras explicaba la fascinación erótica del cadáver embalsamado de Evita.

–¿Qué cosas le hicieron al cuerpo? ¿Se puede saber? –le preguntaban al novelista los capciosos lectores curiosos.

–Hay cosas que no he podido poner en la novela. Por ejemplo, me han dicho que en la escena en que los militares secuestran la momia, uno de los oficiales les ordena a los soldados que la meen. Después de que la mean, les dice: “Ahora, cójanla” –en ese momento, yo me llevaba un bocado de *oeufs au diable* a la boca y, paralizado, les eché una ojeada a los oyentes de Tomás, pero ninguno pareció siquiera mosquearse; gente de mundo–. Sin embargo, eso no está en el libro porque me ha parecido que, si lo ponía, a los lectores les iba a sonar muy inverosímil.

En ese momento, tomé conciencia de que la invitación cursada a Tomás para el acto o la fiesta en su honor, bajo la excusa de la presentación de la profesora N., había tenido probablemente como principal objetivo el saciar la inagotable sed de morbo que habita en todos los seres humanos, incluidos los lectores de sus novelas. Me acerqué para oír mejor.

Tomás continuó toda la velada en el centro de la reunión, respondiendo el mismo tipo de preguntas. Yo esperaba la llegada de la *barbecue*. En determinado momento, vi que Tomás me hacía señas desde el otro extremo del salón.

–Fredy, Fredcito, vení para aquí.

Me acerqué. Me puso una mano en el hombro.

–¿Qué te pasa, Tomás? ¿Te sentís bien?

Estaba transpirando, ojeroso, y se lo veía abrumado. Me asusté, a decir verdad. En esa época ya había comenzado el rumor de que no andaba bien de salud, aunque en este caso el problema era algo diferente.

–Rajemos. Estas mujeres no me dan respiro. Me estoy meando.

–¿Y por qué no vas al baño, Tomás? ¿Qué tienen que ver las mujeres con eso?

–Cuando me estaba escabullendo para ir a mear, me han comenzado a seguir hasta la puerta, así que me daba vergüenza entrar. Tenía miedo de que se metieran adentro conmigo y todo. Y de eso hace ya dos horas.

Así era Tomás, pobre, siempre perseguido por las mujeres. Tuvo cuatro matrimonios y siete hijos. A pesar de eso, yo siempre digo que quiero ser como él cuando sea grande, porque siempre se casó con una mujer de la misma edad. A los treinta y cinco años, se casó con una de treinta y cinco; a los cuarenta y cinco años, con una de treinta y cinco; a los cincuenta y cinco años, con una de treinta y cinco; a los sesenta y cinco, también con una de treinta y cinco.

Le dijo a todo el mundo que, lamentablemente, nos teníamos que ir porque yo tenía algunos compromisos ineluctables y no me sentía bien. Lamenté la

imposibilidad de quedarme para probar la *barbecue*, que ahora yo entendía que debía ser un asado a las brasas y un pastrón caliente preparado en las parrillas del jardín para ser consumido a la luz de las antorchas sobre los mesones de las carpas blancas bajo el resplandor de la luna.

Pero, en honor de la verdad, hube de confesarle a Tomás:

–Yo también me estoy haciendo –el Veuve Clicquot había hecho su efecto.

Salimos de la propiedad y Tomás estacionó a veinte metros de la entrada, al lado de la tapia que delimitaba la mansión de nuestros benefactores. Nos bajamos del auto, nos pusimos contra la pared y nos aliviamos en el verde de las plantas que adornaban el exterior. Mientras regábamos los caros arbustos, traté de imaginarme cómo se sentirían los soldados de la patria meando a Evita. No sé si tendrá alguna importancia esta reflexión en particular sobre dos hechos un tanto incongruentes, aunque creo que este acto unánime estableció nuestra amistad partir de ese día. En ese momento tan solemne, me mantuve erguido y en silencio con la mirada al frente, como granadero de guardia en la Casa Histórica, al costado de donde se aliviaba el quinto tucumano más ilustre de la historia.

Luis Alfredo Intersimone (li12@txstate.edu) es profesor asociado de Texas State University. Es licenciado en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán y PhD por la Universidad de Rutgers, Estados Unidos. Ha publicado en revistas tales como *A Contracorriente*, *MLN*, *Latin American Research Review*, *Hispanic Review* y *Chasqui* y el libro *De ogros y laberintos. Modernidad y nación en Octavio Paz* (Universidad Nacional de Tucumán, 1999). Su investigación se enfoca en la literatura sobre el peronismo e incluye además el populismo, el nacionalismo, el neocolonialismo, las teorías sobre la soberanía, la genealogía de los discursos, la historia de las ideas y la crítica deconstructiva.